

«La Argamasilla» y Don Quijote (II)

de los fingidos nombres de sus autores cabe deducir referencia alguna a Argamasilla, pueblo.

Pero, conjeturas aparte, lo que aparece claro, por su repetición, es lo de "la Argamasilla". Y Argamasilla, a secas, en la toponimia regional de la época, no había más que una: la del Campo de Calatrava.

Argamasilla salta al texto como un simple topónimo, de los muchos que en la novela aparecen. En algún sitio había que situar la tal academia y vino a tocarle a Argamasilla; fue Argamasilla como pudo ser otro cualquier pueblo manchego. Ese es el único valor que Cervantes le da; para él lo importante son los versos y la academia.

d). El que sea "lugar de la Mancha" lo han querido relacionar algunos con el lugar de cuyo nombre Cervantes no quería acordarse. Y si no quería acordarse del nombre, digo yo, ¿aquí sí se acuerda? Más creo yo a Cervantes que, terne, sigue en su propósito de ocultación, que a cualquier erudito interesado. Y por eso lo descarto.

2. Pero es que la Argamasilla ha de ser considerada en el contexto en que se inscribe, en el escenario en que se la coloca.

Repito que Cervantes no da importancia alguna a Argamasilla. Como pueblo no le concede ninguna beligerancia, ni vuelve a mencionarla nunca más.

Quizá el hecho de su innecesaria repetición y el lugar que en la obra la coloca pudiera llevarnos a pensar en alguna otra intención.

¿Es que sentía nostalgia de ese pueblo y cita su nombre al final (hasta entonces) de la novela como tributo de agradecimiento?

¿Es, por el contrario, su animadversión, por antipatía o malos recuerdos lo que lleva a Cervantes a cerrar la obra con una alusión sibilina, -para escarnecer-, a tal lugar?

¿Es que quería, por simetría con el comienzo, terminar con versos lo que con versos empezó y monta para ello la escena?

¿Es por no desaprovechar unos versos ya escritos con anterioridad y, consciente del poco mérito de los mismos, se los vino a colgar a unos "académicos" pedantes de una ridícula academia?

¿Fue un gesto hacia algunos discípulos o amigos, -sus autores-, a los que incorporaba como de matute en la obra?

"Hoc scripserunt" (escribieron esto, en latín), probablemente para poner de relieve su cursilería que, luego, sus textos poéticos corroborarían. ¿O pretendía ser una alusión más a los textos sacromontinos (en árabe, latín y castellano), también

hallados en similares circunstancias, contenidos en otra caja de plomo, pretendidamente antiguos y falsos asimismo?; ¿habrá que equiparar, por tanto, estos pergaminos a los de Granada en su fiabilidad también?; ¿la burla de Cervantes, sibilina, viene a retratar el fraude del Sacro Monte? Todo pudiera ser y así los pergaminos de la Argamasilla serían sólo remedo de los otros, igual de falsos e inútiles, nulos su real valor e importancia, engañosa y despreciable falsificación.

Contemplando cuándo y cómo Cervantes nos presenta la Argamasilla y los académicos, las conclusiones a que llegamos, para mí, al menos, son aún más decepcionantes.

Yo tengo esa página del Quijote como, quizá, la más desafortunada de toda la novela.

Nos anuncia en ella la tercera salida de D. Quijote; nos hace propaganda de las futuras andanzas del héroe, cuya publicación prepara; anda buscando "con curiosidad y diligencia" noticia de los hechos de D. Quijote para ello, noticia que no encuentra en escritos fehacientes pues la fama de los mismos sólo ha quedado en las "memorias de la Mancha". Y por ellas sabe "Don Quijote la tercera vez que salió de su casa fue a Zaragoza donde se halló en una famosas justas que en aquella ciudad se hicieron y allí le pasaron cosas dignas de su valor y buen entendimiento". Pero luego resulta que esas "memorias" a quien sirvieron fue a Avellaneda y el héroe cervantino ni fue a Zaragoza ni allí, naturalmente, le pasó cosa alguna.

¿Cómo para fiarse de "memorias" y tradiciones que sólo sirven para avellanedas y otros aprovechados!

Don Miguel se ha olvidado (como le sucederá en alguna otra ocasión) de su confesada fuente de datos, de los papeles del cartapacio comprado en la alcañá toledana, del auténtico historiador Cide Hamete Benengeli relator a partir del Ca. IX, y nos despacha el inefable pegote de una actual previa búsqueda en los archivos y memorias manchegos, asunto que ha dado ya antes como superado por innecesario y resuelto aunque haya sido con alto costo (dos arrobas de pasas, dos fanegas de trigo y mes y medio de alojamiento en su casa):

"aquellos cartapacios contenían la historia de D. Quijote"; "en poco más de mes y medio la tradujo toda, del mismo modo que aquí se refiere", nos ha dicho; la información del historiador arábigo totalmente aprovechado por la fiabilidad de un profesional, aquí desaparece y nos retrotrae a la búsqueda de otras fuentes.

Y aparece entonces, con gran contento de Cervantes, la sorprendente y oportuna caja de plomo: problema resuelto, la expectativa del lector, a quien D. Miguel debe considerar olvidadizo (¿o el olvidadizo es él?), aumenta y la continuidad de la historia está asegurada. Su infructuoso esfuerzo ("con curiosidad y diligencia" de su parte) es nada en comparación del "hallazgo"; "ni de su fin y acabamiento pudo alcanzar cosa alguna ni la alcanzara ni supiera si la buena suerte no le deparara un antiguo médico que tenía en su poder una caja de plomo" conteniendo unos pergaminos que "daban noticia" de muchas de sus hazañas, de la hermosura de Dulcinea, de la figura de Rocinante, de la fidelidad de Sancho y de la sepultura de D. Quijote con elogios de su vida y costumbres, que, efectivamente, es lo que se nos da a conocer en lastimosos y estúpidos versos; pero lo que verdaderamente nos ha esperanzado es el contenido de los que faltan por descifrar, "entregados a un académico para que por conjeturas los declarase", teniéndose noticia de que ya lo ha hecho, a costa de muchas vigiliias y mucho trabajo. (Insisto en no ser todo más que un pegote muy por debajo, en mi opinión, de los merecimientos de la obra).

a. El hallazgo, en línea con otros de algunos libros de caballería, quizá tenga en parte que ver con los recientes (1588 a 1597) "descubrimientos" de los plomos del Sacro Monte granadino, ya aludidos, a los que, quizá caprichosamente quería hacer velada alusión como en alarde.

b. Los pergaminos contenían "muchas de sus hazañas", daban noticia de Dulcinea, Sancho, Rocinante, etc. Pero resulta que las noticias se referían a unos ridículos versos de unos afectados y pretenciosos académicos que nada aportaban a la historia, contenido todo en uno solo de los pergaminos ("el" pergamino).

c. Los académicos, dada la edad de la caja ("hallada en los cimientos derribados de una antigua ermita que se renovaba"), eran antiguos como el médico en cuyo poder cayeron. (Nótese el absurdo anacronismo: hablan de la muerte de D. Quijote y Dulcinea). Otro académico, de generación o generaciones posteriores, descifraría (ya en presente) por conjeturas los carcomidos que faltaban por conocer; parece que lo consiguió y que "tiene intención de sacarlos a la luz con esperanza de la tercera salida de D. Quijote" como información aprovechable y resulta que luego no sirvieron para nada puesto que de ellos nunca más se supo ni se nos dice

en sitio alguno fueran fuente en que el autor se documentara. Total: esperanza convertida "en sombra, en humo, en sueño". ¿Olvido, tomadura de pelo, desecho inútil? Vana esperanza, decepción. Las expectativas despertadas quedan en nada. Unos pergaminos en caja de plomo, innecesarios e inútiles, sólo achaque para presentarnos a los académicos de la Argamasilla y sus ostentosos y ridículos versos y de todo lo cual -pergaminos, noticia, académicos y Argamasilla-, nunca más se sabe.

Tales son, en pluma de Cervantes, el escenario, la Argamasilla y sus académicos. Todo ello, como digo, un auténtico pegote, algo ajeno a la historia que se nos viene contando y del que se desprende la ridiculez de los grotescos académicos, la larga y anacrónica existencia de la Academia, la inutilidad de su aportación y su localización en la Argamasilla a la que, además, no vuelve a citarse; algo como "el mozo de campo y plaza que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera" (Ca. I) y que desaparece de la novela como por ensalmo. Los académicos y su Academia no son de elogiar; Argamasilla es el simple topónimo en que colocarlos, sin trascendencia alguna y la importancia que a Cervantes merece este tal "lugar de la Mancha" una bagatela insignificante, traída por los pelos, innecesaria y estoy por decir que mentecata.

Volviendo a las "memorias" de la Mancha (la "tradición", vamos), "sólo la fama ha guardado que D. Quijote la tercera vez que salió de su casa fue a Zaragoza donde se halló en unas famosas justas que en aquella ciudad hicieron y allí le pasaron cosas dignas de su valor y buen entendimiento". Ni D. Quijote fue a Zaragoza ni allí, lógicamente, le pasó cosa alguna. Como para fiarse de memorias y tradiciones. Lo único que salió de esas memorias fue que algún aprovechado se alzara con el santo y la peana.

Ya vemos, pues, lo que da de sí la Argamasilla en boca (pluma) del único cervantista fiable y seguro, D. Miguel de Cervantes: un simple topónimo al que no da importancia alguna, unos personajes ridículos y ajenos a la historia, una expectante esperanza fallida, una inutilidad en el contexto de la obra, -pegote innecesario-, y un significativo olvido posterior.

3. - Por lo que se refiere al "lugar" sin nombre.

Cervantes no quiere acordarse (Cap. I) no del lugar, sino del nombre. Y ello no porque, como alguien dice, en aquel sitio le pasara nada desagradable (¡Ah! La famosa cueva y el cuento de su prisión en ella: la cárcel donde "se engendró" la novela estaba a muchos kilómetros de allí), sino, sencillamente, como un propósito para no desvelarlo en plan previamente decidido. Cervantes quiere mantener el secreto y elude citar el nombre en todas las ocasiones que se presentan porque no le da la real gana

de decirnos el lugar, -tal vez inexistente en su concreción-, de que se trata. Ese es su propósito, su proyecto inicial que mantiene y que queda corroborado expresamente en el Cap. LXXIV, final, el del testamento y muerte de D. Quijote. "Este fin tuvo el ingenioso hidalgo de la Mancha, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijársele y tenersele por suyo..." Y a fe que lo consiguió. Al menos para mí esto está suficientemente claro, lo creo inapelable, lo dice el único cervantista infalible que sabía de qué iba el asunto, D. Miguel de Cervantes. Y se nos confiesa al cierre de la historia, cuando el caballero se apresta a rendir cuentas ante Dios.

Su intención y ocultación parecen no haber sido suficientes. Algunos listillos le han descubierto el secreto: mejores conocedores del propósito de Cervantes que el propio autor le han desmantelado el juego: el tal lugar era Argamasilla de Alba; que se deje D. Miguel de disimulos y voluntad explícita, pues los argamasilleros están al cabo de la calle y no contentos con chafar, reventar, el deseo de Cervantes, tienen a gala (gala tradicional, claro) el usufructuar una propiedad que no les pertenece por designio expreso de su dueño. Astutamente han reconocido el "lugar" que resulta ser el que ellos dicen. ¡Pobre Cervantes, ingenuo y simplón!. ¡Como que a Avellaneda y otros les iba a pasar desapercibido o a sorprender el truco pícaro! ¡Como que los sabihondos iban a picar en el anzuelo!. ¿Falta de respeto a Cervantes? No, Dios los libre: agudeza, simplemente agudeza... Y hoy tradición, viejo afán y legado de sus muertos, que no permiten ni la más mínima duda, ni intromisiones para ellos extrañas, ni participación en la voluntad expresa de Cervantes, so pena de ser catalogados de ignorantes, malintencionados o sin honra. Quizá para que no se sientan ofendidos habría que cambiar el nombre de D. Quijote de la Mancha por el D. Quijote de Argamasilla de Alba, a lo mejor resultaba más universal...

Lugar, a los efectos de que aquí se trata, es una población pequeña, menor que villa y mayor que aldea (Dic. RALE). Argamasilla, sea esta la que sea, era villa. La de Alba fue conocida un tiempo como Lugar Nuevo, pero no genéricamente (lugar) sino específicamente, esto es como nombre propio. Ninguna de las dos Argamasillas era "lugar". Sin embargo Cervantes nos dice que D. Quijote vivía en un "lugar" de la Mancha, el mismo de Pedro Alonso su vecino, aunque también cuando se refiere a la procedencia o destino del héroe lo llama "aldea", la aldea a que llega sobre un haz de heno en un carro de bueyes, la aldea de que, -dirá a D. Alvaro Tarfe-, es natural y que se descubre tras subir una cuesta arriba, etc. ¡Qué infantil disimulo el de D. Miguel! ¡Qué fracaso su anhelado secreto!